

CAPÍTULO 32

El jardín no era propiamente un jardín, tan sólo un modesto rectángulo de tierra apelmazada y compacta como un bloque de cemento: ni los cardos eran capaces de brotar allí. La sombra del muro de cemento caía sobre él durante todo el día, como en el patio de una cárcel. Y también la sombra de los altos cipreses que se elevaban al otro lado de la tapia, en el patio de la familia Lemberg. En un rincón, crecía pertinaz un pimentero tullido cuyas hojas me gustaba triturar entre los dedos para aspirar su excitante aroma. Enfrente de ese pimentero, junto a la tapia, sobrevivía un árbol que daba granadas, o mejor dicho un arbusto, un desdichado vestigio de la época en que Kerem Abraham aún era un campo de frutales y no un barrio, y ese arbusto se obstinaba pese a todo en florecer de nuevo cada año. Los niños no esperaban a las granadas, sino que sin piedad arrancaban los brotes verdes con forma de jarrón. Les clavábamos un palo de un dedo o dedo y medio de largo y los convertíamos en pipas, como aquellas en las que fumaban los británicos y también algunos pudientes del barrio que querían asemejarse a los británicos. Cada temporada, abríamos en una esquina del patio una tienda de pipas. Por el color de los brotes de las granadas, a veces parecía que en la punta de cada una de nuestras pipas brillaba un destello rojizo.

Unos invitados aficionados al campo, Mala y Stashek Rodnitzky, de la calle Chancellor, me regalaron una vez tres bolsitas con semillas de rábano, tomate y pepino. Mi padre propuso, entonces, que intentásemos cultivar un pequeño huerto:

–¡Seremos agricultores! –dijo entusiasmado–, ¡fundaremos un pequeño kibutz en el terreno que está detrás del granado y con nuestras propias fuerzas sacaremos pan de la tierra!

Ninguna familia de la calle Amós tenía palas, picos, azadones ni horcas. Tampoco azadas ni rastrillos. Esas cosas eran para los judíos recién llegados y bronceados que vivían al otro lado de las montañas oscuras: en las colonias agrícolas, en los kibutzim, en Galilea, en Sharón y en los valles. Con las manos casi vacías nos

movilizamos, por tanto, mi padre y yo para conquistar el desierto y hacer un jardín verde.

El sábado al alba, mientras mi madre y todo el barrio seguían durmiendo, nos escabullimos hacia el patio, con camisetas blancas, pantalones cortos de color caqui y unos sombreros ridículos; enclenques, sin músculos, urbanos hasta la punta de nuestros delicados dedos, pálidos como dos hojas de papel, pero bien protegidos por una gruesa capa de crema que nos habíamos untado mutuamente en los hombros (la crema se llamaba *Velveta* y su función era prevenir cualquier maquinación del sol primaveral).

Mi padre caminaba delante, calzado con zapatos y armado con un martillo, un destornillador, un tenedor de la cocina, un carrete de cuerda, una bolsa de yute vacío y también un cuchillo que había tomado de su escritorio, el abrecartas. Yo iba detrás, emocionado, excitado e imbuido de alegría agrícola, llevaba en las manos una botella de agua, dos vasos, una cajita que contenía tela adhesiva, un frasco de yodo y un bastoncito para untar el yodo, y también unas gasas y una venda: primeros auxilios por si ocurría cualquier desgracia.

En primer lugar, mi padre blandió el abrecartas con un movimiento solemne, definitivo, como si estuviese marcando fronteras, después se inclinó y dibujó en la tierra cuatro líneas. Así trazó para siempre los límites de nuestro terreno, de unos dos metros cuadrados, sólo algo más grande que el mapamundi que teníamos colgado en la pared del pasillo, entre las puertas de las dos habitaciones. Luego me ordenó que me pusiera de rodillas y sujetara bien, con las dos manos, el palo afilado que él llamaba estaca: tenía la intención de clavar cuatro estacas en los cuatro ángulos del terreno y rodearlo todo con una cerca de cuerdas tensas. Pero la tierra del jardín, apelmazada y compacta como cemento armado, se mantenía impenetrable a los golpes de mi padre y se negaba a acoger las estacas. Entonces dejó el martillo, se quitó con rabia las gafas, las puso con cuidado en el alféizar de la ventana de la cocina, volvió a la escena y siguió golpeando con más fuerza, le chorreaba el sudor, luchaba, sin las gafas estuvo a punto de darme más de una vez con el martillo en los dedos, que sujetaban la estaca cada vez más aplastada.

Con mucho esfuerzo conseguimos por fin resquebrajar la costra externa y penetrar superficialmente: las estacas se clavaron como medio dedo en la costra de tierra y allí se quedaron, obstinadas como bestias tercas a las que ningún golpe es

capaz de mover. Se negaron a clavarse ni un milímetro más. Por tanto, tuvimos que sujetar cada estaca con dos o tres piedras grandes y transigir un poco también en el asunto de las cuerdas, pues cada vez que intentábamos tensarlas corríamos el riesgo de tirar las estacas tan superficialmente clavadas. El terreno quedó cercado al final por cuatro líneas de cuerdas flojas. Cada cuerda, al carecer de tensión, tenía una especie de pequeña curva de la felicidad. Y, a pesar de todo, conseguimos erigir de la nada una nueva entidad en el mundo: desde aquí hasta aquí estaría el adentro, nuestro huerto, y desde aquí para allá el afuera, el resto del mundo.

–Ya está –dijo mi padre con humildad, moviendo la cabeza de arriba abajo cuatro o cinco veces, como en total acuerdo consigo mismo y ratificando su acción.

Y yo repetí, imitando sin darme cuenta su movimiento de cabeza:

–Ya está.

Entonces mi padre anunció un breve paréntesis. Me mandó secarme el sudor, beber agua y sentarme en las escaleras para descansar un rato. Él no se sentó a mi lado en las escaleras sino que volvió a ponerse las gafas, se quedó de pie junto a nuestro rectángulo de cuerda, observó los resultados obtenidos hasta el momento, reflexionó sobre ellos, calculó la batalla que aún había que librar, analizó mentalmente los errores, sacó conclusiones y me ordenó que, de momento, quitara las estacas y las cuerdas a la vez y las dejara ordenadamente junto a la tapia: era conveniente remover primero la tierra y después volver a demarcar los límites, si no las cuerdas nos estorbarían al cavar. Por tanto, se decidió echar cuatro o cinco cubos de agua al terreno, esperar unos veinte minutos a que el agua se filtrara y ablandara un poco la coraza de hierro y después volver al ataque.

Hasta el sábado por la tarde estuvo mi padre luchando estoicamente y con las manos casi vacías contra las fortificaciones de la tierra apelmazada: encorvado, con la espalda dolorida, sudoroso, jadeando y resoplando como quien se está ahogando, con aquellos ojos sin gafas que me parecían descalzos y desencantados, una y otra vez dejaba caer su martillo sobre el suelo obstinado. Pero era un martillo demasiado ligero, un martillo casero, un evidente martillo de ciudad que no servía para derribar murallas fortificadas sino tan sólo para cascar nueces o clavar un clavo pequeño detrás de la puerta de la cocina. Como atacando con una honda la coraza de Goliat,

el filisteo, levantaba mi padre una y otra vez su pobre martillo, o como si pretendiera echar abajo con una sartén las murallas de Troya. El otro lado del martillo, el lado en forma de Y que sirve para sacar clavos, lo usaba como pico, horca y azada.

Enseguida le empezaron a salir grandes ampollas en la suave palma de la mano, pero mi padre apretó los dientes y no les prestó atención, y siguió sin prestarles atención cuando las ampollas se abrieron, derramaron su suero y se convirtieron en llagas. También en sus dedos de intelectual, en las yemas suaves y delicadas, le salieron ampollas ante las que se negó a doblegarse: una y otra vez levantaba el martillo, lo dejaba caer, embestía y golpeaba y volvía a levantarlo, y mientras luchaba así contra las fuerzas de la naturaleza y contra el desierto primordial, le lanzaba a la obstinada tierra enérgicas maldiciones en voz baja, en griego o en latín, o quizás en amhárico o en algún dialecto del eslavo antiguo o en sánscrito.

Hasta que, una vez, dejó caer el martillo con todas sus fuerzas sobre la punta de su zapato: sollozó de dolor, se mordió el labio inferior, descansó un instante, utilizó la palabra «evidente» o «por supuesto» para reprocharse su imprudencia, se secó el sudor, bebió un trago de agua, limpió con un pañuelo la boca de la botella, insistió en que yo bebiera también y volvió al campo de batalla, cojeando pero completamente decidido a retomar heroicamente su incansable serie de golpes. No se rindió.

Por fin, la tierra apelmazada se apiadó de mi padre, o tal vez se pulverizó asombrada ante tanta abnegación, y empezó a resquebrajarse a lo largo y a lo ancho. Mi padre se apresuró a meter en esas grietas la punta de su destornillador, como temiendo que el terco suelo se arrepintiera y volviera a apelmazarse y endurecerse. Hurgó en las heridas, las hizo más grandes y profundas, y con las uñas y los dedos, que estaban blancos y temblorosos del esfuerzo, empezó a sacar gruesos terrones de tierra y a arrojárselos a los pies, como si fueran dragones abatidos tumbados panza arriba. Raíces cortadas se enredaban y sobresalían de las glebas, retorciéndose y curvándose como nervios cortados saliendo de la carne.

A mí me tocaba seguir adelante tras el asalto inicial, romper con la punta del abrecartas las gruesas glebas que mi padre había conseguido someter, arrancarles las raíces y echarlas a la bolsa, separar las piedras y la grava, deshacer y desmenuzar una

a una las glebas y, al final, usar el tenedor que habíamos tomado de la cocina como horca o rastrillo y peinar suavemente los cabellos de la tierra deshecha.

Y así llegó el momento de abonar: no teníamos estiércol de bestias ni aves, y los excrementos de paloma del tejado no se podían usar por el peligro de infección. Por tanto, mi padre había estado todo el día preparando una cacerola llena de sobras de comida. Se trataba de una bazofia de cereales, peladuras de frutas y hortalizas, calabaza pasada, borras cenagosas de café con hojas de té usadas flotando encima, restos de puré, remolacha y verduras cocidas, escamas de pescado y aceite sucio de freír, leche agria y todo tipo de líquidos grasientos y desperdicios del estercolero de la cocina, donde grumos y partículas sospechosos flotaban de forma repugnante en una especie de sopa pastosa echada a perder.

–Esto va a enriquecer nuestra debilitada tierra –me explicó mi padre mientras descansábamos en las escaleras con las camisetas sudadas, sintiéndonos un par de auténticos laburantes, y le dábamos un poco de aire con las gorras color caqui a nuestros rostros abrasados–, debemos nutrir las glebas con toda la basura que pueda convertirse poco a poco en un mantito rico en materiales orgánicos y darles a nuestros gajos los componentes energéticos, el abono y los elementos nutritivos específicos sin los cuales sólo brotarán hortalizas débiles y enfermizas.

Evidentemente adivinó el aterrador pensamiento que se me pasó por la cabeza y se apresuró a tranquilizarme:

–Pero no te confundas, no creas que, a través de las hortalizas que cultivemos aquí, vamos a comer eso que ahora te parecen desperdicios nauseabundos. ¡No! ¡De ninguna manera! La basura no es inmundicia sino un gran tesoro: generaciones y generaciones de agricultores comprendieron pronto esta misteriosa verdad. El propio Tolstoy habla en algún sitio de la alquimia mística que se produce constantemente en el vientre de la tierra, de la maravillosa metamorfosis que transforma la putrefacción y la podredumbre en manto, el manto en abono y el abono en cereales, verduras, frutas y todo tipo de productos del campo, del jardín y del huerto.

Mientras volvíamos a clavar las cuatro estacas en las cuatro esquinas del terreno y tensábamos con cuidado las cuerdas de demarcación, mi padre me explicó muy bien, con sencillez, precisión y por orden: podredumbre y descomposición.

Putrefacción. Abono. Orgánico. Místico. Alquimia. Metamorfosis. Productos. Tolstoy. Misterio.

Cuando mi madre salió a avisarnos de que la comida estaría lista en media hora, ya estaba terminada la operación conquista del desierto: nuestro nuevo huerto se extendía de estaca a estaca y de cuerda a cuerda, rodeado por todas partes de la tierra árida del patio pero bien diferenciado por el color oscuro de la tierra trabajada, cultivada y ahuecada. Escardado y rastrillado, como peinado con pulcritud, estaba nuestro terreno verde, labrado, sembrado, abonado y regado, dividido en tres ondas o colinas de la misma longitud, una para los tomates, otra para los pepinos y otra para los rábanos. Y, como los letreros eventuales que se suelen fijar al pie de una tumba donde aún no se ha puesto una lápida, clavamos pequeños palos al pie de los bancales y en cada uno atamos su correspondiente bolsita de semillas vacía. Así, de momento, al menos hasta que brotaran las hortalizas, teníamos un huerto virtual a todo color: una imagen en vivo de un tomate rojo pasión con dos o tres gotas de rocío transparentes cayéndole por las mejillas. Una imagen de unos pepinos frescos y brillantes de un verde estimulante. Y una imagen apetitosa de un manojo de rábanos, limpios y frescos, rebosantes de salud, en tonos rojo, blanco y verde.

Después de abonar y sembrar, regamos y volvimos a regar delicadamente cada montículo grávido con una improvisada regadera hecha con una botella de agua y un pequeño colador de cocina, un sitechko⁸⁰ que en su vida de ciudad estaba en la boca de la tetera para retener las hojas de té sobre las que se vierte el agua hirviendo.

Mi padre dijo:

–Desde ahora, cada mañana y cada tarde regaremos nuestros bancales, sin exagerar ni escatimar, y tú seguro que todas las mañanas, nada más levantarte, corres a comprobar si ya hay signos de germinación, pues dentro de unos días, los diminutos brotes comenzarán a erguirse y a quitarse de encima la tierra, igual que un granuja que agita su gorra sobre su cabeza. Cada planta y cada gajo, eso pensaban

⁸⁰ En la ceremonia rusa del té, no se usan infusores dentro del chainik (tetera), sino pequeños coladores para filtrar las hebras, que se cuelgan del pico de la tetera.

los antiguos rabinos, tiene su propio ángel encima golpeándole la cabeza y ordenándole: ¡Crece!

Y después añadió:

–Ahora conviene que Su Excelencia sudorosa y polvorienta tome del armario ropa interior, una camiseta y unos pantalones limpios y vaya al cuarto de baño, y Su Alteza debe recordar enjabonarse bien también en esas partes. Y no se nos duerma en el agua como suele hacer, porque también su humilde siervo está esperando pacientemente su turno.

En el baño, después de quedarme en calzoncillos, me subí descalzo al inodoro y miré hacia fuera por la ventanita, ¿se vería ya algo? ¿La primera germinación? ¿Un brote tierno? ¿Aunque sólo fuera como una cabeza de alfiler?

Y al mirar por la ventanita del cuarto de baño vi a mi padre. Se quedó un rato más junto a nuestro nuevo huerto, parecía desvalido y humilde, aunque feliz como un artista fotografiado al pie de su obra, estaba cansado y cojeaba por el martillazo que se había dado en los dedos del pie, pero, a pesar de todo, se lo veía orgulloso como un conquistador.

Mi padre era un hablador infatigable, sus dichos y refranes no tenían límite, disfrutaba explicando y citando, estaba ávido de compartir contigo sus amplios conocimientos y de regalarte generosamente los tesoros de su erudición y las riquezas de sus recuerdos: ¿Has pensado alguna vez en la evidente relación que la lengua hebrea establece entre arrancar y desgarrar? ¿Entre despedregar y expulsar? ¿Entre escardar y desaparecer? ¿Entre plantar y recoger? ¿Entre tierra, rojo, hombre, sangre y silencio? Así salía de él un aluvión de menciones, nexos, connotaciones, adivinanzas, juegos de palabras, expresiones, bosques repletos de evidencias y silogismos, montones de interpretaciones, réplicas y argumentaciones, cualquier cosa para intentar desesperadamente divertir a los presentes, entretener, alegrar o incluso hacer el ridículo, con tal de que no reinara el silencio. Aunque fuera un leve silencio. Aunque fuera sólo un instante.

Una figura frágil y tensa, con una camiseta empapada en sudor y unos pantalones cortos color caqui demasiado anchos que le llegaban casi a las rodillas.

Sus piernas y sus brazos enjutos estaban muy pálidos y cubiertos por un espeso vello negro. Mi padre parecía un estudiante de religión aturdido al que, de pronto, habían expulsado de la oscuridad de la escuela, habían puesto un disfraz caqui de pionero y habían arrojado sin piedad a la luz cegadora del mediodía. Su sonrisa pensativa parecía suplicante, como si te tirase de la manga implorando que le quisieras un poco. Sus ojos castaños te miraban de forma distraída pero atemorizada desde detrás de sus gafas redondas: como si en ese mismo instante acabara de recordar que había olvidado algo, pero el qué, había olvidado lo más importante y urgente para él, había olvidado algo evidentemente serio que de ninguna manera podía olvidar.

¿Pero qué era lo que había olvidado? Era incapaz de recordarlo. Perdona, a lo mejor tú, por casualidad, sabes lo que he olvidado. Algo urgente. Que no puede esperar. ¿Podrías recordarme lo que era? ¿Si no te molesta?

Durante los días siguientes iba corriendo cada dos o tres horas hasta nuestros bancales, acalorado, excitado, impaciente por ver si nuestro esfuerzo había dado fruto, a comprobar de cerca si había signos de germinación, aunque sólo fuera un minúsculo movimiento en la capa de tierra ahuecada. Regaba continuamente el huerto, hasta que los surcos se convirtieron en un barrizal. Cada mañana saltaba de la cama y corría descalzo, en pijama, a ver si durante la noche se había producido el milagro añorado. Hasta que al cabo de unos días, por la mañana temprano, vi que los rábanos habían sido los primeros en sacar un montón de diminutos periscopios.

Estaba tan contento que me apresuré a regarlos una y otra vez.

Y clavé un espantapájaros cubierto con una combinación vieja de mi madre cuya cabeza era una lata de conservas vacía en la que pinté una boca, un bigote, una frente con un flequillo negro cayendo en diagonal, como la de Hitler, y dos ojos, uno me salió un poco torcido, como si hiciera un guiño o se estuviera burlando.

Unos días después brotaron también los pepinos, asomaron la cabeza, pero lo que vieron los rábanos y los pepinos les debió de ofender o atemorizar tanto que se arrepintieron y palidieron, en una noche sus espaldas se inclinaron como con un profundo abatimiento, sus pequeñas cabezas tocaron la tierra y se arrugaron, se marchitaron y se pusieron grises, hasta convertirse en poco más que miserables hilos de paja. En cuanto a los tomates, no germinaron nunca: analizamos las condiciones

reinantes en el patio, lo pensamos mucho y decidimos darnos por vencidos. Es posible que, a priori, en nuestro patio no pudiera crecer nada, pues era como un sótano, rodeado de muros por todas partes y oscurecido por la sombra de los grandes cipreses: no entraba ni un rayo de sol. Y puede que abusásemos del riego. O del abono. Es posible que mi espantapájaros-Hitler, que a los pájaros no les causaba ninguna impresión, diera un susto de muerte a los tiernos gajos. Así terminó el intento de fundar un pequeño kibutz en Jerusalén y comer, con el tiempo, del fruto de nuestro trabajo.

-De aquí -dijo mi padre con tristeza- se deduce la grave e inevitable conclusión de que nos hemos equivocado en algo. Nos hemos equivocado de principio a fin. Y por tanto, tenemos ahora la evidente obligación de trabajar incansablemente y sin concesiones para averiguar en qué nos hemos equivocado: puede que hayamos exagerado con el abono. O que nos hayamos pasado con el agua. O todo lo contrario, que hayamos escatimado algo vital. A fin de cuentas no somos agricultores descendientes de agricultores, sólo somos unos aficionados amantes de la tierra, amantes inexpertos que aún no están versados en todos los secretos de la justa medida.

Ese mismo día, cuando volvió de su trabajo en la Biblioteca Nacional de Har Hatzofim, mi padre trajo dos gruesos volúmenes tomados en préstamo sobre jardinería y horticultura (uno estaba en alemán) y los estuvo consultando un rato. Enseguida desvió su atención a otros asuntos y a otros libros completamente distintos: el declive de algunas lenguas minoritarias de los Balcanes, la influencia de la poesía caballeresca de la Edad Media en los orígenes de la novela, las palabras griegas en la Mishná, la interpretación de la escritura ugarítica.

Pero una mañana, al marcharse a trabajar con su cartera negra algo ajada, mi padre me vio tendido, con lágrimas en los ojos, sobre los retoños agonizantes, dedicado en cuerpo y alma al último y desesperado intento de salvarlos con unas gotas para la nariz o para los oídos que había tomado sin permiso del armario de las medicinas del cuarto de baño, vertiendo unas gotas en cada retoño marchito. En ese momento mi padre se compadeció de mí. Me alzó en brazos y me abrazó, pero enseguida volvió a dejarme en el suelo. Estaba confuso, avergonzado, casi fuera de sí. Antes de irse, como huyendo del campo de batalla, movió el mentón de arriba abajo tres o cuatro veces, mientras murmuraba pensativo, más dirigiéndose a sí mismo que a mí:

–Veremos qué más se puede hacer.

En Rehavia, en la calle Ibn Gabirol, había un edificio llamado Casa de las Pioneras, o tal vez era Finca de las Trabajadoras o Granja de las Emigrantes y las Emprendedoras. Detrás de ese edificio se extendía una pequeña reserva agrícola, una especie de comuna, una granja de mujeres, una decárea o decárea y media de árboles frutales, un huerto, gallineros y colmenas. A comienzos de los años cincuenta se erigiría en esa finca el famoso barracón gubernamental del presidente Yitzhak Ben Zvi.

A esa granja experimental fue mi padre después del trabajo: seguro que le contó a Rahel Yanait, o a alguna de sus subalternas, toda la historia de nuestro desastre agrícola, pidió orientación y consejo y, al final, se fue y volvió a casa en dos autobuses con una pequeña caja de madera que contenía tierra con veinte o treinta gajos recién cortados. Introdujo ese botín en casa y lo ocultó de mi vista, detrás del cesto de la ropa o bajo el armario de la cocina, esperó a que me durmiera y, entonces, salió a hurtadillas, astuto e intrigante, armado con su linterna, su destornillador, su heroico martillo y su abrecartas.

Cuando me levanté por la mañana mi padre se dirigió a mí en un tono práctico, neutro, como haciéndome notar que tenía suelto el cordón de un zapato o un botón desabrochado. Sin apartar la vista del periódico me dijo:

–Bueno, creo que tu medicina de ayer les ha hecho efecto a nuestras plantas enfermas. ¿Podría ir Su Alteza a ver con sus propios ojos si hay algún indicio de un comienzo de recuperación? O puede que sólo me parezca a mí que hay indicios de recuperación. Podría ser tan amable de comprobarlo y volver a contarme qué le parece, así sabremos si los dos vemos la situación más o menos igual.

Mis diminutos retoños, que el día anterior estaban abrasados de muerte y tan amarillos que no eran más que unos pobres hilos de paja, se habían convertido de repente, en una noche, como por arte de magia, en unos gajos erguidos, robustos y llenos de savia, rebosantes de salud, lozanos, de un verde vivo e intenso. Me quedé estupefacto, con el corazón lleno de temor y júbilo: ¡qué extraordinario poder el de veinte o treinta gotas para la nariz o los oídos!

Cuanto más observaba, mayor me parecía el milagro: los tallos de los rábanos habían saltado por la noche al bancal de los pepinos, mientras que en el bancal de los rábanos había ahora unos gajos que no conocía, a lo mejor eran berenjenas. O zanahorias. Y lo más extraordinario de todo: en la hilera de la izquierda, donde enterramos las semillas de tomate y no germinó nada, esa hilera a la que ni siquiera había considerado necesario echar una sola de mis gotas mágicas, habían brotado a pesar de todo tres o cuatro plantas muy ramificadas, con yemas anaranjadas entre las hojas de arriba.

Al cabo de una semana volvió la enfermedad y atacó nuestro huerto, volvieron los tormentos de la agonía: los esquejes inclinaron la cabeza, perdieron el color, otra vez se abrasaron y enfermaron como judíos perseguidos en la diáspora, las hojas se cayeron, los tallos se marchitaron y amarillaron, y en esa ocasión no sirvieron de nada las gotas de la nariz ni el jarabe para la tos: nuestro huerto estaba secándose y agonizando. Durante dos o tres semanas más siguieron creciendo allí, en vano, las cuatro estacas unidas por cuerdas polvorientas, y al cabo de dos o tres semanas también ellas se marchitaron. Sólo mi espantapájaros-Hitler siguió germinando por un tiempo. Mi padre, por su parte, se consoló investigando las fuentes de la romanza lituana o el origen de la novela en la poesía trovadoresca. Yo me dediqué a dispersar por todo el patio polvoriento una multitud de galaxias repletas de estrellas desconocidas, lunas, soles, cometas y planetas, y emprendí un viaje interestelar lleno de dificultades y peligros: puede que en algunos de esos planetas encontrase signos de vida.

CAPÍTULO 33

Un atardecer de verano. Al acabar primero, tal vez al comenzar segundo, o en el verano entre un curso y otro. Estoy solo en el patio. Todos se han ido sin mí, Denush, Elik, Uri, Lulik, Eitan y Ami se han ido a buscar cosas de ésas entre los árboles del monte de Tel Arza y no me han aceptado en el grupo La Mano Negra porque no lo he inflado. Denush encontró uno entre los árboles, lleno de cola maloliente y reseca, y lo lavó bien debajo de la canilla, y todo aquel que no tiene el coraje de inflarlo no es digno de ser admitido en La Mano Negra, y todo aquel que no tiene el coraje de ponérselo y mear un poco dentro como un soldado británico no puede ser un miembro de La Mano Negra. Denush explicó cómo funciona. Los soldados británicos llevan chicas todas las noches al monte de Tel Arza y allí, en la oscuridad, la cosa es así: primero están mucho tiempo besándose en la boca. Luego la toca por todas partes, incluso debajo de la ropa. Después le quita las bragas y se baja los calzoncillos, se pone uno de ésos, se echa encima de ella y al final moja. Y eso se ha inventado para que ella no se moje del todo de él. Y eso es lo que pasa cada noche en el monte de Tel Arza y eso es lo que pasa cada noche en todas las casas, hasta el marido de la maestra Sessmann le hace eso por la noche a la maestra Sessmann. Hasta sus padres. También los tuyos. Y los tuyos. Todos. Y eso le da mucho placer al cuerpo y te fortalece los músculos y te limpia la sangre.

Todos se han ido sin mí y mis padres tampoco están en casa. Estoy tumbado boca arriba en el suelo de cemento al fondo del patio, detrás de las sogas de tender la ropa, mirando lo que queda del día. El cemento está duro y frío bajo mi cuerpo en camiseta. Pienso, aunque no en profundidad, que todo lo que es duro y frío permanece duro y frío para siempre, y sólo lo que es blando y cálido es blando y cálido sólo momentáneamente. Por tanto, todo debe pasar al final al lado frío y duro, al lado donde no hay movimiento ni pensamiento ni sentimientos ni calidez. Para siempre.

Tumbado boca arriba. Los dedos encuentran una pequeña piedra y la meten en la boca, sabe a polvo y cal y a algo como salado pero no salado exactamente. La lengua toca pequeñas protuberancias y pequeños huecos, como si ese guijarro fuese

un mundo como el nuestro, con montes y valles. ¿Y si nuestra bola del mundo, o incluso todo nuestro universo, no fuese más que un pequeño guijarro en el suelo de cemento de un patio de gigantes? ¿Qué pasaría si también los amigos de un niño enorme, tan enorme que es imposible imaginárselo, se hubieran burlado de él y se hubiesen ido sin él y el niño enorme sencillamente tomara con los dedos nuestro universo y se lo metiera en la boca y empezara a tocarnos con la lengua? ¿Y si también él pensara que esa piedra que tiene en la boca es un universo completo, con vías lácteas, soles y cometas, y con niños, gatos y ropa tendida? Quién sabe, tal vez el universo de ese niño enorme, ese niño para el que sólo somos un pequeño guijarro en su boca, sólo sea una piedra en el suelo del patio de un niño más enorme aún, y tanto él como su universo, y así hasta el infinito, como una muñeca rusa, un universo dentro de un guijarro dentro de un universo dentro de un guijarro, y puede que sea así tanto para lo grande como para lo pequeño. ¿Todo universo es un guijarro y todo guijarro es un universo? Hasta que se empieza a sentir un cierto mareo, y mientras tanto la lengua toca esa piedra como un caramelo y la propia lengua tiene ya cierto sabor a tiza. Denush, Elik, Uri, Lulik, Ami y toda La Mano Negra dentro de sesenta años estarán muertos, y después todo aquel que aún los recuerde morirá, y después también quien recuerde a quien recordaba que los recordaba. Los huesos se convertirán en piedras como la piedra que ahora está en la boca: tal vez también la piedra que ahora está en la boca sea de niños que murieron hace trillones de años. Niños que también fueron a buscar cosas de ésas al monte y entre los que también había uno del que se burlaron porque no tuvo el coraje de inflarlo y ponérselo. Y también lo dejaron solo en su patio y también él se tumbó boca arriba y también él se metió en la boca una piedra que una vez fue un niño que una vez fue piedra. Qué mareo. Y entre tanto la piedra recibe algo de vida y ya no es del todo dura y fría, se ha vuelto húmeda y cálida e incluso comienza suavemente a devolver a la boca el cosquilleo que recibe de la punta de la lengua.

Detrás de los cipreses, detrás de la tapia de los Lemberg, han encendido de pronto una luz y desde aquí, desde esta posición, no se ve quién está en la habitación, la señora Lemberg, Shula o Eva, ni quién ha encendido la luz, pero se ve la corriente amarilla derramarse hacia fuera como un flujo de pegamento tan espeso que le cuesta derramarse, que le cuesta moverse de lo espeso que es, y que con gran dificultad se traza un camino perezoso, un camino de líquido viscoso, amarillo, turbio y lento que avanza como un denso lubricante a través de la tarde, azul grisácea

ya, y al que el viento lame por un instante. Y cincuenta y cinco años después, sentado y escribiendo acerca de aquella tarde en el cuaderno, en la mesa de jardín de Arad, vuelve exactamente el mismo viento y de la ventana de los vecinos también aquí, esta tarde, sale un líquido amarillento de corriente eléctrica, espesa y perezosa como un viscoso lubricante conocido, conocido desde hace tiempo, parece que no hay sorpresas. Pero sí las hay. La tarde de la piedra en la boca en el patio de Jerusalén no ha venido a Arad para hacer recordar lo olvidado o para traer la emoción de la nostalgia, sino todo lo contrario: aquella tarde ha descendido para atacar a ésta. Es como una mujer que conociste hace tiempo, que ya no te hace ni fu ni fa, que siempre que se encuentran te dice más o menos lo mismo y que siempre te regala una sonrisa o como mucho te da las habituales palmaditas en el pecho, pero en esta ocasión, sorprendentemente, no, esta vez no, de repente alarga el brazo y te toca y te agarra de la camisa no de una forma delicada sino con las uñas, con deseo y desesperación, con los ojos cerrados con fuerza, con un gesto como de dolor en la cara, insiste, no puede evitarlo, no cede, y ya no le importas y le da igual lo que te pase, si quieres o no quieres no le importa, ahora no puede evitarlo, ahora no puede más, ahora alarga el brazo y su mano se clava en ti como un arpón de pescar y comienza a tirar, y tira y te desgarras pero no es ella la que comienza a tirar, ella sólo te clava las uñas y tú eres quien tira y escribe, tira y escribe, como un delfín que tiene la punta del arpón clavada en la carne y tira con todas sus fuerzas para escapar, y tira y arrastra tras de sí, con fuerza, el arpón, y con él, la cuerda sujeta al arpón, y arrastra también el reflector unido a la cuerda, y arrastra también la barca de sus perseguidores a la que el reflector está atornillado, tira y avanza, tira para escapar, tira y se revuelve en el agua, tira y se sumerge en las negras profundidades, tira y escribe y sigue tirando, si tira una sola vez más con toda la fuerza de su desesperación puede que se libere de lo que tiene clavado en la carne, de lo que te desgarras y te traspasa y no cede, tiras y eso te desgarras la carne, tiras otra vez y eso se clava más y más y nunca podrás pagar con el mismo dolor a ese infortunio que va hundiéndose e hiriendo, pues él es quien atrapa y tú el atrapado, él es el arponero y tú el delfín, él es quien da y tú quien toma, él es aquella tarde en Jerusalén y tú estás en la tarde de ahora en Arad. Él es tus padres muertos y tú tiras y escribes.

Todos se han ido sin mí al monte Tel Arza y yo, que no he tenido el coraje de inflarlo, estoy tumbado boca arriba en el suelo de cemento al fondo del patio detrás

de las sogas de tender la ropa. Veo cómo la luz del día va cediendo. Enseguida será de noche.

Una vez, desde la cueva de Alí Babá y los cuarenta ladrones que tenía entre el armario y la pared, vi cómo mi abuela, la madre de mi madre, que vino a Jerusalén desde el barracón cubierto de tela asfáltica a la salida de Kiriat Motzkin, se enojaba muchísimo con mi madre: la amenazó con la plancha, y echando chispas por los ojos le espetó cosas terribles en ruso o en polaco mezclado con idish. Ninguna de las dos se imaginaba que yo estaba acurrucado allí, conteniendo la respiración, observando, viéndolo y oyéndolo todo. Mi madre no contestó ni una palabra a las ensordecedoras imprecaciones de su madre, se sentó en la silla dura, esa silla sin tapicería y sin respaldo que estaba en un rincón de la habitación, se sentó bastante erguida, con las piernas estiradas y juntas y las dos manos inmóviles apoyadas en las piernas, también su mirada se dirigía a las piernas, como si todo dependiera de ellas. Parecía una niña reprendida, y cuando su madre le lanzó una pregunta envenenada tras otra, preguntas húmedas, bullentes de sonidos *zetz shtzetz*, no contestó ni una palabra, tan sólo concentró aún más su mirada en las piernas. Ese silencio encolerizó a mi abuela mucho más que el anterior silencio de mi madre, y de repente, como si hubiera perdido completamente la cabeza, echando chispas por los ojos, con cara de loba furiosa, saliva en la comisura de los labios abiertos y los dientes afilados, mi abuela lanzó con fuerza, como para derribar la pared, la plancha caliente que tenía en la mano, dio una patada, tiró la tabla de planchar y salió dando tal portazo que todos los cristales de la ventana, así como el jarrón y las tazas, vibraron y tintinearón por todas partes.

Y mi madre, que no sabía que yo estaba observando, se levantó de pronto de la silla y empezó a castigarse a sí misma, se golpeó las mejillas, se arrancó cabellos, tomó una percha y se dio con ella en la cabeza y en la espalda hasta que se le saltaron las lágrimas, y también yo, dentro de la cueva entre la pared y el armario, empecé a llorar en silencio y a morderme con fuerza las manos hasta que unos dolorosos relojes quedaron marcados en ellas. Esa tarde comimos pescado relleno que mi abuela había traído del barracón con tela asfáltica que estaba al final de Kiriat Motzkin, pescado con salsa dulce y zanahorias dulces, y todos hablaron de los especuladores y del mercado negro, de la constructora Solel Boné, de la libre iniciativa y de la empresa textil Ata, y terminamos con una macedonia de fruta cocida que llamábamos compota, también la preparó mi abuela, la madre de mi madre, y también le salió dulce y empalagosa como el sirope. Mi otra abuela, la de

Odesa, la abuela Shlomit, se terminó educadamente la compota, se limpió los labios con una servilleta blanca de papel, volvió a limpiarse con otra servilleta, sacó de su bolso de cuero repujado un pintalabios y un espejo de mano redondo y dorado y empezó a dibujarse el contorno de los labios; después, mientras volvía a introducir la rojiza erección canina del pintalabios en su vaina, le pareció conveniente comentar:

–¿Qué les voy a decir? Manjares más dulces que éstos no los he probado jamás en la vida. Al Señor del universo debe de gustarle mucho y por eso la baña en miel: hasta el azúcar de ustedes es mucho más dulce que el nuestro, aquí la sal es dulce, y la pimienta, y hasta la mostaza en Vohlynia sabe a mermelada, y hasta el *jrein*, lo que llaman rábanos, el vinagre, el ajo, las hierbas amargas, aquí todo es tan dulce que se podría endulzar al mismísimo ángel de la muerte.

Y de pronto se calló, como si de repente hubiese sentido miedo de la ira del ángel cuyo nombre había pronunciado en vano con peligrosa ligereza.

A lo que mi otra abuela, la madre de mi madre, reaccionó con una sonrisa amable, no una sonrisa polémica o maliciosa, sino una sonrisa bondadosa, inocente y pura como el canto de los ángeles, y a la queja de que su cocina era tan dulce como para endulzar con ella el vinagre, las hierbas amargas e incluso al ángel de la muerte, la abuela Ita respondió a la abuela Shlomit entonando cinco palabras:

–¡Pero no a ti, consuegra!

Aún no ha vuelto nadie del monte de Tel Arza y yo sigo aún boca arriba en el suelo de cemento que parece cada vez menos frío y duro. La luz de la tarde se está enfriando y volviéndose más gris sobre las puntas de los cipreses. Como si alguien estuviera cediendo allí, en las terribles alturas sobre las copas de los árboles, sobre los tejados y sobre todo lo que se mueve en la calle, en los patios traseros y en las cocinas, por encima del olor a polvo, repollo y basura, por encima del canto de los pájaros, a una distancia similar a la que media entre el cielo y la tierra, por encima de las oraciones lacrimógenas que llegan a retazos desde la sinagoga del final de la calle.

Alto, diáfano e indiferente se va expandiendo ahora, sobre los calentadores de agua y la ropa tendida en las azoteas, y sobre la chatarra y los gatos callejeros, y sobre la nostalgia y sobre los cobertizos de uralita de los patios, y sobre las intrigas y las

tortillas y las mentiras y los cestos de ropa sucia y los panfletos pegados por los miembros de la resistencia, y sobre la remolacha en vinagre y los jardines abandonados y los restos de árboles de la época en que aquí había un campo de frutales, y ahora se va alargando y se va extendiendo y crea la calma de una tarde igualmente diáfana, va creando la paz en las alturas sobre los tachos de basura y sobre las notas vacilantes, angustiosas, de un piano que, una y otra vez, intenta tocar una niña no muy guapa, Menujele Schtich, esa Menujele a la que nosotros llamábamos Nemujele, «pequeñaja», que en vano se esfuerza sin descanso en hacer una sencilla escala, y una y otra vez tropieza, y siempre en el mismo punto, tropieza y tropieza y vuelve a intentarlo. Y un pájaro, a su lado, le responde siempre con las cinco primeras notas de *Para Elisa*, de Beethoven. Un cielo vacío y extenso de un horizonte a otro al final de un día caluroso de verano. Hay tres nubes pluma y dos aves oscuras. El sol ya se ha puesto por detrás de los muros del campo Schneller, pero el firmamento no ha renunciado al sol, se ha agarrado a él con las uñas hasta conseguir arrancarle su estela de colores y ahora está probando su botín, utiliza dos o tres nubes pluma como maniqués, las cubre con un vestido de luz, las desnuda y comprueba cómo les quedan las gargantillas de resplandores verdosos, la camisa de rayas con destellos anaranjados y un brillo violeta azulado, y cómo serpentean como láminas de plata fragmentadas que se agitan como líneas rotas que trazara bajo el agua un rápido banco de peces. Y también hay destellos de rosa violáceo y verde limón, y se desnuda y se pone un manto de gloria rojizo del que se van vertiendo ríos completos de resplandor púrpura pálido, y al cabo de un rato se lo quita y se pone otra capa del tono de la carne viva, y esa carne de pronto está perforada, herida y marcada con cuatro enormes moretones y sus bordes oscuros van desapareciendo entre los pliegues del terciopelo negro, ahora ya no es alto sobre alto sino al contrario, profundo sobre profundo, como un valle tenebroso que se va abriendo en los firmamentos, como si ya no estuvieran arriba y el que está tumbado boca arriba estuviera debajo sino al revés, todo el firmamento es un abismo y el que está tumbado boca arriba ya no está tumbado sino flotando y se precipita rápidamente y cae como una piedra al fondo de terciopelo. Jamás olvidarás aquella tarde: tienes sólo seis años o como mucho seis y medio, pero por primera vez en tu pequeña vida has descubierto algo inmenso y terrible, algo serio, grave, severo, algo que se extiende desde el infinito hasta el infinito y viene a ti y es gigantesco y mudo y penetra y te abre de pronto, te abre de tal modo que también tú por un instante eres más ancho y profundo que tú mismo, y con una voz que no es tu voz pero que a lo mejor es la voz que tendrás dentro de treinta o cuarenta años, con una voz donde no hay risa ni frivolidad, te ordena que no olvides nunca ni el más mínimo detalle de

esa tarde: recuerda y conserva su olor recuerda su cuerpo y su luz recuerda sus pájaros las notas del piano el graznido de los cuervos y todas las rarezas del cielo que ocurrieron ante tus ojos de un horizonte a otro y todo en tu honor y todo únicamente destinado a ti. Y no olvides nunca a Denush ni a Ami ni a Lulik ni a las chicas con los soldados en el monte ni lo que le dijo tu abuela a tu otra abuela ni el pescado dulce que flotaba, muerto y condimentado, en salsa de zanahoria. No olvides nunca las rugosidades de la piedra húmeda, ha pasado más de medio siglo desde que estuvo en tu boca pero el eco de su sabor gris, un sabor a tiza con algo de cal y algo de sal aún parece gritar en la punta de tu lengua. Y no olvides nunca todos los pensamientos de aquella piedra, un universo dentro de un universo dentro de un universo. Recuerda el vértigo del tiempo-dentro-del-tiempo-dentro-del-tiempo y los ejércitos celestes que prueban mezclan y hieren los innumerables colores de la luz después de la puesta de sol, amaranto y celeste y amarillo oro y resplandor y púrpura y escarlata y carmesí y azul y oro y rojo con chorros de sangre y por encima de todo va descendiendo lentamente un azul grisáceo opaco e intenso cuyo color era el color del silencio y cuyo olor era el olor de las notas del piano repitiéndose y repitiéndose en vano una y otra vez como subiendo y tropezando subiendo y tropezando en una escalera rota, y un pájaro responde con las cinco notas que abren *Para Elisa*: Ti da di da di.

CAPÍTULO 34

Mi padre tenía debilidad por lo sublime, mientras que a mi madre le fascinaban la melancolía de la resignación y la nostalgia. Mi padre sentía una ferviente admiración por Abraham Lincoln, Louis Pasteur y los discursos de Churchill, «sangre, sudor y lágrimas», «nunca tantos han debido tanto», «lucharemos en las playas». Mi madre se identificaba con una ligera sonrisa con los versos de Rahel, «no te he cantado, tierra mía, ni he ensalzado tu nombre con hechos heroicos, sólo un camino han conquistado mis pies...». Mi padre se enfervorizaba, de repente, junto a la piletta y empezaba a declamar con gran *pathos*, sin previo aviso: «Y en la tierra se levantará una generación,/ sus grilletes de hierro serán eliminados/ y los ojos verán la luz», y a veces también: «¡Yodfat, Masada,/ Beitar cautiva/ se levantarán con fuerza y grandeza!/ Hebreo –noble también en la pobreza,/ esclavo y errante/ de estirpe real,/ con la corona de David será laureado». Cuando estaba de buen humor, empezaba a bramar con unos gorgoritos que asustaban a los muertos: «¡Oh, tierra mía, patria mía, monte pedregoso y ralo!», hasta que mi madre tenía que recordarle que los vecinos, los Lemberg, y hasta los Bijovsky y los Rosendorf, estarían oyendo su recital y chupándose los dedos, y entonces mi padre se desanimaba, se callaba al instante, avergonzado y ofendido, y sonreía confuso como si le hubiesen pillado robando golosinas.

A mi madre le gustaba pasar la tarde sentada en una esquina de la cama que estaba disfrazada de sofá, con los pies desnudos ocultos debajo de los muslos, la espalda arqueada y la cabeza inclinada sobre el libro que tenía en las rodillas, se pasaba horas perdida por los deshojados senderos otoñales de los relatos de Turgueniev, Chéjov, Iwaszkiewicz, André Malraux y Gnessin.

Los dos llegaron a Jerusalén directamente desde los paisajes del siglo XIX: mi padre creció con una dieta concentrada de romanticismo nacionalista-teatral, un romanticismo sanguíneo y batallador: la primavera de los pueblos, el *Sturm und Drang*, sobre cuyas colinas de mazapán se derramó, como un chorro de champán, algo de la locura viril de Nietzsche. Mientras que mi madre vivió siguiendo un canon romántico diferente, un menú introvertido, melancólico, infecundo, menor, sazonado con el dolor de solitarios con el corazón roto y sentimientos desgarrados, lleno de opacos aromas otoñales de decadencia y de «el ocaso del siglo».

El barrio de Kerem Abraham, con sus vendedores ambulantes, sus tenderos, sus pequeños comercios y sus comerciantes hablando idish, con sus ultraortodoxos entonando cánticos sinagogales, su pequeña burguesía desplazada, sus excéntricos intelectuales revolucionarios, no tenía nada que ver con ella ni con él. En casa flotaba siempre el incierto sueño de ir a vivir a un barrio más civilizado, a Bet Hakerem, por ejemplo, o a Kiriath Shmuel, o a Talpiot o Rehavia: no de inmediato, algún día, en el futuro, cuando se pudiese, cuando ahorrásemos un poco, cuando el niño creciera un poco, cuando mi padre consiguiese abrirse paso en su carrera académica, cuando mi madre tuviese un puesto fijo en la enseñanza, cuando mejorase la situación, cuando el país progresase, cuando se fueran los ingleses, cuando se creara el Estado judío, cuando se supiese lo que iba a pasar, cuando por fin las cosas nos resultasen algo más fáciles.

«Allí, en la amada tierra de los antepasados», cantaban mis padres en su juventud, ella en Rovno y él en Odesa y Vilna, y del mismo modo cantaban miles de jóvenes más en la Europa del Este en las primeras décadas del siglo XX, «allí, en la amada tierra de los antepasados/ se cumplirán todas las esperanzas,/ allí viviremos y allí crearemos/ una vida pura, una vida libre».

¿Pero cuáles eran todas las esperanzas? ¿Qué tipo de vida pura y libre esperaban encontrar mis padres aquí?

De una forma vaga, tal vez creían que en el Eretz Israel que se estaba renovando iban a encontrar un lugar algo menos judío-burgués y más europeo-moderno; menos vulgar-material y más espiritual; menos febril-charlatán y más sensato, tranquilo y moderado.

Mi madre soñaba, tal vez, con llevar una vida de maestra de pueblo refinada y culta que, en sus horas libres, escribe poemas líricos e incluso relatos llenos de sentimientos velados. Creo que esperaba establecer contactos cordiales y tranquilos, relaciones emotivas y sinceras con buenos artistas, y así poderse deshacer, por fin, de las garras del griterío depredador de su madre y librarse de una vez por todas de la asfixia del puritanismo enmohecido, del mal gusto y del vil materialismo que al parecer estaban tan extendidos en los lugares de donde venía.

Mi padre, por su parte, se veía a sí mismo como alguien que algún día sería aquí, en Jerusalén, un culto investigador original, un enérgico pionero de la renovación del humanismo hebreo, un digno heredero del profesor Yosef Klausner, un valiente oficial del ejército intelectual de los hijos de la luz en lucha con los hijos de las tinieblas, un merecido sucesor del largo y glorioso linaje de investigadores que se iniciaba con el tío Yosef, que no tenía hijos, y continuaría con su sobrino, que le era fiel como un hijo. Al igual que su célebre tío, y seguramente influenciado por él, mi padre llegó a leer en dieciséis o diecisiete idiomas. Estudió en las Universidades de Vilna y Jerusalén y, cuando tenía unos cincuenta años, presentó en la Universidad de Londres su tesis doctoral, dedicada a la vida y la obra de Y. L. Peretz. Los vecinos y desconocidos siempre se dirigían a él llamándolo «señor doctor» o «disculpe, señor doctor Klausner», pero fue poco antes de cumplir cincuenta años cuando consiguió ser doctor de verdad, y nada más y nada menos que por la Universidad de Londres. También estudió, sobre todo de forma autodidacta, historia antigua, historia moderna, historia de la literatura, filología hebrea y filología general, estudios bíblicos y judaicos, arqueología, literatura medieval, algo de filosofía, estudios eslavos y románicos e historia del Renacimiento: con todo ese bagaje, debería haber sido ayudante y profesor interino y profesor titular y catedrático y emérito e investigador de vanguardia, y también debería haberse sentado a la cabecera de la mesa cada sábado por la tarde y emitido, como su venerado tío, un monólogo tras otro ante sus fieles y devotos admiradores.

Pero no lo quisieron: aquí nadie tenía interés por él ni por su gran sabiduría. Tal vez porque a su tío le espantaba pensar lo que habrían dicho sus enemigos de la universidad si no le hubiera avergonzado nombrar a su sobrino su sucesor y su mano derecha, tal vez porque otros candidatos eran mejores que mi padre, tal vez porque mi padre nunca supo abrirse camino a codazos y tal vez por ninguna razón, simplemente porque entonces sólo había una universidad pequeña en todo el país y sólo había un puñado de alumnos en un modesto departamento de literatura hebrea, en una época en que docenas de profesores refugiados luchaban por cualquier mísero puesto de ayudante a tiempo parcial, todos titulados, todos hambrientos y desesperados, todos expertos en toda la sabiduría del mundo. Y además, la mayoría tenían títulos de universidades alemanas mucho más prestigiosas que la de Vilna.

Por tanto, Trepliov se vio obligado a ir tirando con dificultad con el sueldo de un humilde bibliotecario de la hemeroteca de la Biblioteca Nacional, y a escribir por las noches, con las fuerzas que le quedaban, sus libros sobre historia de la novela e

historia de la literatura, mientras su hija de la gaviota⁸¹ se pasaba el día en el semisótano, cocinando, lavando, limpiando, horneando pan y cuidando del niño enfermizo, y cuando no leía novelas se levantaba y miraba por la ventana con un vaso de té frío en la mano. Y, si tenía la oportunidad, daba alguna clase particular.

Era hijo único, y los dos echaron todo el peso de su desilusión sobre mis pequeños hombros: lo primero de todo, tenía que comer bien y dormir mucho y lavarme a fondo y sin contemplaciones porque así habría más posibilidades de crecer, impresionar y hacer realidad, por fin, alguna de las promesas de juventud en las que mis padres habían creído. Esperaban de mí que aprendiese a leer y a escribir antes de empezar el colegio: competían entre ellos con incentivos y regalos a cambio de que aprendiese las letras (que incluso sin regalos ni incentivos me fascinaron y se me mostraron con facilidad, como espontáneamente). Y cuando empecé a leer, a los cinco años más o menos, los dos se preocuparon de darme menús de lectura sabrosos pero también nutritivos y ricos en vitaminas culturales.

Con frecuencia me hacían participar en conversaciones sobre temas en los que en otras casas no intervenían los niños. Mi madre me colmaba de cuentos de magos, duendes de la noche, diablillos, cabañas encantadas en medio de un bosque, pero también hablaba conmigo con serenidad de actos criminales, de sentimientos, de la vida y el sufrimiento de los artistas geniales, de las enfermedades mentales y de la vida interior de los animales («Si observas bien, podrás ver que cada persona tiene algún rasgo destacado que la asemeja a alguna criatura, a un gato, un oso, un zorro o un cerdo. También en la forma de la cara y en la complexión del cuerpo se ve en cada persona a su animal afín»). Mientras que mi padre me iniciaba en los secretos del sistema solar, la circulación sanguínea, el *Libro blanco* británico, la evolución, la extraordinaria vida de Herzl, las aventuras de Don Quijote, la historia de la escritura y la imprenta y los fundamentos del sionismo («En la diáspora, la vida de los judíos fue muy penosa, aquí, en Eretz Israel, todavía no nos resulta fácil, pero pronto se creará el Estado judío y todo será bueno y fresco. El mundo entero vendrá a admirar todo lo que el pueblo judío está haciendo aquí»).

Mis padres, mi abuelo y mi abuela, entrañables amigos de la familia, buenos vecinos, tías acicaladas rebosantes de abrazos de oso y rezumantes de besos

⁸¹ N. del A.: Trepliov y la hija de la gaviota son personajes de *La gaviota* de Chéjov (1896).

grasientos, todos se quedaban admirados de cada palabra que salía de mi boca: el niño es extraordinariamente inteligente, el niño es original, el niño es sensible, el niño es tan especial, el niño está muy desarrollado para su edad, el niño es un filósofo, el niño lo comprende todo, el niño tiene ojos de artista.

Yo, por mi parte, me admiraba tanto de su admiración que a la fuerza me llenaba de admiración por mí mismo: ellos son adultos, es decir, criaturas que lo saben todo y siempre tienen razón, y todos dicen siempre que soy muy inteligente, por tanto lo soy. Todos dicen que soy muy interesante, y por supuesto también en eso estoy de acuerdo con ellos. Y que soy un niño sensible y creativo y también un poco así y un poco asá (las dos cosas en alguna lengua extranjera), y a pesar de todo, un niño original y desarrollado e inteligente y racional y también un cielo y etcétera, etcétera.

Al estar lleno de veneración hacia el mundo de los adultos y los valores del orden establecido, y al no tener hermanos ni hermanas o amigos que contrapesasen un poco el culto a la personalidad que me rodeaba, me vi obligado a unirme, con modestia pero con serenidad, a la opinión general que los adultos tenían de mí.

Y así, sin darme cuenta, a los cuatro o cinco años me convertí en un pequeño arrogante de cuya soberbia sus padres y todo el mundo adulto habían dado amplias garantías y un generoso crédito.

En las noches de invierno charlábamos los tres alrededor de la mesa de la cocina después de cenar. Hablábamos en voz baja, porque la cocina era estrecha y baja como una celda, y sin interrumpir nunca al otro (mi padre lo consideraba una condición necesaria para cualquier conversación). Charlábamos, por ejemplo, de cómo un ciego o un extraterrestre podían percibir nuestro mundo. Puede que básicamente todos nos pareciésemos a un alienígena ciego. Hablábamos de los niños chinos e indios, de los niños beduinos y de los campesinos árabes, de los niños del gueto, de los niños de los inmigrantes ilegales, y también de los niños de los kibutzim, que no pertenecían a sus padres sino que ya a mi edad empezaban a vivir una vida comunitaria autónoma de la que ellos mismos eran responsables, limpiaban por turnos sus habitaciones y decidían por sí mismos, por votación, a qué hora apagaban la luz y se iban todos a dormir.

Una pálida luz amarillenta reinaba incluso de día en la angosta cocina. Fuera, en la calle, que se quedaba siempre vacía antes de las ocho de la noche, por el toque de queda impuesto por los británicos o por costumbre, en las noches de invierno silbaba un viento famélico. El viento atormentaba las tapas de los tachos de basura que estaban junto a las puertas de las casas, espantaba a los cipreses negros y a los perros callejeros y ponía a prueba con sus dedos negros los barreños metálicos que colgaban de las barandas de los balcones. A veces, el eco de un disparo lejano o el tenue sonido de una explosión llegaba hasta nosotros desde la densa oscuridad.

Después de la cena, nos levantábamos y nos poníamos en fila, como en formación, mi padre, después mi madre y después yo, de cara a la pared, negra a causa del infiernillo, y de espaldas a la cocina: mi padre se inclinaba sobre la piletta, fregaba y enjuagaba un cacharro tras otro y los iba poniendo con cuidado en el secaplato, de donde mi madre iba tomando los platos goteantes y los vasos mojados, los secaba y los ponía en su sitio. La tarea de secar los tenedores, las cucharas y las cucharitas me tocaba a mí, y también los colocaba y los metía yo solo en el cajón. Cuando cumplí unos seis años me dejaron secar también los cuchillos de mesa, pero de ninguna manera el cuchillo del pan, ni los cuchillos de las verduras y de la carne.

No les bastaba con que fuera inteligente, racional, bueno, sensible, creativo y un filósofo con ojos soñadores de artista, además de todo eso debía ser vidente y adivino, un oráculo familiar, un soñador asalariado, el profeta del patio: por todos es sabido que los niños aún están cerca de la naturaleza, del seno mágico de la creación, no están corrompidos por la mentira ni envenenados por el interés.

Y por tanto me tocaba también hacer el papel de la pitonisa de Delfos o el personaje del santón loco: mientras yo trepaba al tísico granado del patio o corría de pared a pared sin pisar las líneas de las baldosas, me llamaban para que les mandara, a ellos y a sus invitados, una señal desde las alturas que les ayudara a zanjar la discusión y decidir si ir o no ir a visitar a unos amigos al kibutz Kiriath Anavim, si comprar o no comprar (en diez plazos) una mesa marrón redonda y cuatro sillas, si poner o no en peligro la vida de los supervivientes en los endebles barcos de los emigrantes clandestinos, si invitar o no al matrimonio Rodnitzky a la cena de Shabat.

Mi función era expresar algún razonamiento complejo y nebuloso impropio de mi edad, alguna frase vaga formada por retazos de ideas que les había oído alguna vez a los mayores y que había mezclado y removido bien, algo ambiguo, algo abierto a todo tipo de interpretaciones. Era deseable que mis ocurrencias incluyeran alguna comparación enigmática, y me convenía que aparecieran las palabras «en la vida». Algo más o menos así: «Todo viaje es como abrir un cajón». «En la vida hay mañana y hay tarde, hay verano y hay invierno.» «Hacer pequeñas concesiones es como no pisar a las pequeñas criaturas.»

Mis padres no cabían en sí de gozo al oír esas frases, les brillaban los ojos, «de boca de los chicos y los niños de pecho se obtiene el coraje», y daban vueltas y vueltas a esos balbuceos oscuros, infinitas caras tiene la Torá, y descubrían en ellos, como en un oráculo, la esencia oculta, profunda y desconocida de la propia naturaleza.

Mi madre me apretaba cálidamente contra su pecho después de esos aforismos que yo debía repetir, o inventar otros similares, en presencia de familiares sorprendidos o de invitados atónitos. Enseguida aprendí a producir oscuras ocurrencias de esas en serie, de acuerdo con los deseos y los gustos de los exaltados consumidores. Y así obtenía no una sino tres satisfacciones por cada profecía. La primera satisfacción: ver a todo mi público pendiente de mis palabras, esperando con respeto lo que saliera de mi boca y sumiéndose al instante en misteriosas interpretaciones, ¿qué habrá querido decir el poeta? La segunda satisfacción: el vértigo de mi sabiduría salomónica, mi posición como autoridad suprema entre los mayores («¿No has oído lo que nos ha dicho sobre el secreto de las pequeñas concesiones? ¿Aún sigues empeñado en no ir mañana a Kiriath Anavim?»). Y la tercera satisfacción era la más secreta e importante de todas: mi generosidad. Para mí no existía en el mundo un placer comparable a la satisfacción de dar, al gozo de regalar. A ellos, a los mayores, les faltaba algo y sólo yo era capaz de procurarles lo que les faltaba. Ellos estaban sedientos y yo los saciaba. Ellos necesitaban y yo les proveía. ¡Menos mal que había nacido! ¿Qué habrían hecho sin mí?

CAPÍTULO 35

De hecho, yo resultaba un niño muy cómodo: era obediente, aplicado, inconscientemente respetuoso con el orden social establecido (mi madre y yo estábamos subordinados a mi padre, mi padre besaba el suelo que pisaba el tío Yosef, y el propio tío Yosef –a pesar de su manifiesta oposición– obedecía como todos los órdenes de Ben Gurión y de las instituciones oficiales). Además, buscaba sin descanso el elogio de los adultos, de mis padres y sus invitados, de las tías, los vecinos y los conocidos.

A pesar de todo, una de las representaciones más demandadas del repertorio familiar, una comedia popular con una trama fija, giraba en torno a una transgresión tras la cual era necesaria una seria conversación para aclarar las cosas, seguida de un castigo ejemplar. Después del castigo llegaba el remordimiento, el arrepentimiento, el indulto, la reducción de la mitad o de casi toda la pena y, como desenlace, una escena lacrimógena y estremecedora de perdón y reconciliación, acompañada de abrazos y mutua compasión.

Un día, movido por el deseo de saber, vierto pimienta negra, supongamos, en el café de mi madre.

Mi madre da un sorbo al café. Se ahoga. Escupe en la servilleta. Tiene los ojos llenos de lágrimas. Ya estoy profundamente arrepentido, pero me callo: sé muy bien que es a mi padre a quien le toca replicar.

Mi padre, en su papel de investigador imparcial, se inclina y prueba con cuidado el café de mi madre. Puede que sólo se moje los labios. Al instante diagnostica:

–Alguien se ha dignado a especiarte un poco el café. Alguien ha echado pimienta. Me temo que ha sido obra de alguna importante personalidad.

Silencio. Con educación tomo una cucharada de sémola de mi plato y me la llevo a la boca, me limpio los labios con la servilleta, espero un poco y me vuelvo a comer otras dos o tres cucharadas más: poco a poco. Bien erguido. Como siguiendo

al pie de la letra un libro de protocolo. Hoy me terminaré toda la sémola. Como un niño modélico. Hasta que brille el plato.

Mientras tanto, mi padre continúa inmerso en sus pensamientos, como si trazara ante nosotros unos bosquejos de los misterios de la química. No me mira. Le habla única y exclusivamente a mi madre. O a sí mismo:

–¡Podía haber ocurrido una desgracia! ¡Como todo el mundo sabe, existen no pocas sustancias que, aunque por separado son completamente inofensivas y comestibles, mezcladas pueden poner en peligro la vida de quien las ingiere! Quien ha puesto hoy en el café lo que ha puesto, podía haber hecho cualquier otra mezcla. ¿Y entonces? Envenenamiento. Hospital. Incluso peligro de muerte.

Un silencio mortal reina en la cocina. Como si la desgracia ya hubiese ocurrido.

Mi madre, sin darse cuenta, aparta con el dorso de la mano el vaso envenenado.

–¿Y entonces? –añade mi padre pensativo, moviendo la cabeza varias veces de arriba abajo, como si supiera muy bien lo que ha estado a punto de pasar, pero evitando razonablemente llamar al horror por su nombre.

Silencio.

–Propongo, por tanto, que quien haya hecho esta travesura, seguramente por error, seguramente sólo como una broma de mal gusto, demuestre ahora su valor y se levante de inmediato. ¡Para que todos sepamos que, si ya tenemos en casa a un insensato, al menos no tenemos a un evidente cobarde! ¡Al menos no a una persona carente de honestidad y amor propio!

Silencio.

Ha llegado mi turno.

Entonces me levanto y digo en tono adulto y con la misma inflexión de voz que mi padre:

–He sido yo. Lo siento. Ha sido una evidente estupidez. No volverá a pasar.

–¿No?

–Por supuesto que no.

–¿Palabra de honor?

–Palabra de honor.

–La confesión, el arrepentimiento y la promesa nos llevan a la reducción del castigo. Por esta vez nos conformaremos con que te dignes a tomártelo. Sí. Ahora. Por favor.

–¿El qué? ¿El café? ¿Con la pimienta negra?

–Así es.

–¿Qué? ¿Que me lo beba?

–Por favor.

Pero tras el primer sorbo titubeante interviene mi madre. Propone que baste con eso: no hay que exagerar. El niño tiene un estómago muy sensible. Y seguro que ya ha aprendido la lección.

Mi padre no oye su propuesta. O simula que no la oye. Pregunta:

–¿Qué le parece a Su Alteza su bebida? Sabe a gloria, ¿no?

Hago una mueca de desesperación fruto de las náuseas. Mi rostro expresa tormento, arrepentimiento, tristeza conmovedora. Entonces mi padre sentencia:

–Bueno, está bien. Basta. Por esta vez nos conformaremos con esto. Su Excelencia ya lo ha reconocido. ¿Por qué no damos por zanjado el asunto y que no se repita más? E incluso podemos sellarlo con una onza de chocolate, para pasar el mal sabor anterior. Después, si quieres, podemos sentarnos juntos al escritorio y clasificar algunos sellos nuevos. ¿Está bien?

A cada uno de nosotros le gustaba mucho su papel en la comedia: a mi padre le agradaba interpretar a un dios vengativo y rencoroso que castigaba los pecados, una especie de Todopoderoso casero, furibundo y atronador, pero también misericordioso y piadoso, paciente y bueno.

Pero a veces le inundaba una ola ciega de auténtica furia, no de ira teatral (sobre todo si yo hacía algo que pudiera ponerme en peligro), y entonces, sin ningún ensayo previo, me propinaba dos o tres bofetadas asombrosamente rápidas.

Algunas veces, después de jugar con un enchufe o subirme a lo alto de un árbol, me ordenaba bajarme los pantalones y preparar el trasero (a lo que él denominaba única y exclusivamente «¡las posaderas, por favor!»), levantaba sin piedad su cinturón y me propinaba seis o siete correazos abrasadores que desgarraban la piel y destrozaban el corazón.

Pero normalmente los enfados de mi padre no se manifestaban con pogroms sino que se cubrían con el venenoso y sarcástico manto de unos distinguidos modales cortesanos:

–Su Alteza se ha vuelto a dignar esta tarde a llenarnos de barro el pasillo: al parecer es una deshonra para Su Eminencia limpiarse los zapatos a la entrada, como nosotros, el populacho, le pedimos que haga los días de lluvia. Pero esta vez me temo que Su Excelencia deberá bajar un poco de su trono y limpiar con sus delicadas manos las huellas de sus reales pisadas. Y después, Su Eminencia se dignará a encerrarse durante una hora a oscuras en el cuarto de baño, así tendrá tiempo de reflexionar sobre sus actos, sopesar sus acciones y meditar sobre su conducta en el futuro.

Mi madre protestaba contra un castigo tan severo:

–Media hora es suficiente. Y nada de a oscuras. ¿Qué te pasa? ¿También le vas a prohibir respirar?

Mi padre decía:

–Por suerte, Su Alteza siempre tiene un ferviente e incondicional defensor.

Y mi madre:

UNA HISTORIA DE AMOR Y OSCURIDAD – AMÓS OZ

–Si en esta casa se castigara también la falta de sentido del humor... –pero nunca terminaba ese tipo de frases.

Pasado un cuarto de hora, llegaba el momento de la escena final: mi padre en persona venía a sacarme del baño, me daba un abrazo rápido y desconcertado y murmuraba una especie de disculpa:

–Sé perfectamente que por supuesto lo del barro no ha sido a propósito sino por un evidente despiste. Y tú sabes perfectamente que te hemos castigado única y exclusivamente por tu bien: para que no te conviertas tú también en una especie de profesor despistado.

Lo miraba directamente a los ojos castaños, ingenuos y algo avergonzados, y le prometía que desde ese momento siempre tendría cuidado de limpiarme los zapatos a la entrada. Además, mi papel fijo en la función era decir en ese momento, con una expresión seria y demasiado adulta para mi edad y con frases tomadas directamente del arsenal de mi padre, que yo, por supuesto y sin ningún género de duda, comprendía que el castigo era única y exclusivamente por mi bien. Mi guión incluía dirigirme a mi madre, pedirle que no se apresurara tanto en apiadarse de mí porque, por supuesto, yo aceptaba las consecuencias y estaba absolutamente dispuesto a soportar el castigo que merecía. Aunque fueran dos horas en el cuarto de baño. Aunque fuera a oscuras. No me importaba.

Y de verdad no me importaba, porque entre la soledad del castigo en el cuarto de baño, encerrado con llave por fuera, y mi soledad habitual, en mi habitación, en el patio o en la guardería, apenas había diferencia: la mayor parte de mi infancia la pasé solo, sin hermanos y casi sin amigos.

Un puñado de hisopos, dos pastillas de jabón, tres cepillos de dientes y un tubo medio vacío de pasta, junto con un cepillo del pelo, cinco horquillas de mi madre, el neceser con las cosas de afeitar de mi padre, un taburete, la caja de aspirinas, tela adhesiva y un rollo de papel higiénico me bastaban para un día entero de guerras, viajes, grandes construcciones y aventuras remotas en las cuales yo era, alternativamente, Su Alteza, siervo de Su Alteza, cazador, presa, acusado, adivino, juez, marinero e ingeniero abriendo el canal de Panamá y el canal de Suez a través de tortuosos caminos de montaña para unir todos los mares y lagos del estrecho cuarto

de baño y mandar de un extremo al otro del mundo navíos mercantes, submarinos, buques de guerra, barcos piratas, pesqueros, balleneros y carabelas de descubridores de islas y continentes remotos donde nadie había puesto el pie.

Y si me condenaban también a la oscuridad de las mazmorras, no me asustaba: bajaba la tapa del inodoro a oscuras, me sentaba encima y hacía todas mis guerras y mis viajes con las manos vacías. Sin pastillas de jabón, sin peines, sin horquillas y sin moverme. Sentado con los ojos cerrados, encendía dentro de mi mente cuantas luces deseaba, dejando fuera la oscuridad mientras el interior de mi cabeza se iluminaba con una valiosa luz.

Podría decirse que me gustaban esos castigos a la soledad y el aislamiento. «Quien no necesita al prójimo», decía mi padre citando a Aristóteles, «es un animal o un dios». Y a mí, durante largas horas, me agradaba ser tanto una cosa como la otra. No me importaba.

Cuando mi padre se burlaba de mí llamándome Su Alteza o Su Excelencia, no me sentía ofendido. Todo lo contrario: en el fondo estaba de acuerdo con él. Adopté esos títulos y los hice míos. Pero no decía nada. No le daba ninguna muestra de mi satisfacción. Era como un rey desterrado que consigue cruzar clandestinamente la frontera, infiltrarse en su ciudad y caminar por las calles disfrazado de una persona normal y corriente. Entonces uno de los súbditos, sorprendido, me reconoce de pronto, se postra ante mí y me llama Su Alteza, en la cola del autobús o en medio de la multitud en la plaza, pero yo no hago caso de la reverencia ni del tratamiento. No me doy por aludido. Puede que haya decidido actuar así porque mi madre me enseñó que a los auténticos reyes y nobles se los reconoce por el desprecio que aparentemente muestran hacia sus títulos y porque saben que su dignidad los obliga a comportarse con la gente sencilla con sencillez y modestia, como uno de ellos.

Y no sólo como uno de ellos, también como una persona complaciente que se esfuerza por ser amable y cumplir los deseos de sus súbditos: ¿que al parecer les agrada vestirme y calzarme?, que lo hagan: con mucho gusto les acerco mis cuatro extremidades. ¿Que al cabo del tiempo de repente cambian sus gustos? ¿Que ahora prefieren que me vista y me calce sin su ayuda? Con gran placer me deslizo entonces por mí mismo en mis ropas, disfrutando con su indecisa fluctuación, a veces me

confundo con los botones o les pido amablemente que me ayuden a atarme los cordones de los zapatos.

Casi se pelean por el derecho a arrodillarse a los pies del pequeño rey y atarle los cordones, porque él suele recompensar a sus súbditos con un abrazo. Ningún otro niño sabe mejor que él cómo agradecerles sus servicios con gran pompa. Una vez incluso les promete a sus padres (que se miran el uno al otro con los ojos empañados de orgullo y felicidad, acariciándolo y derritiéndose en silencio) que algún día, cuando sean tan mayores como el vecino, el señor Lemberg, él les atará los cordones de los zapatos y les abotonará la camisa, a cambio de todas las cosas buenas que ellos hacen siempre por él.

¿Les gusta cepillarme el pelo? ¿O explicarme cómo se mueve la luna? ¿Enseñarme a contar hasta cien? ¿Ponerme un pullover encima de otro? ¿O incluso hacerme tragar todos los días una cucharada de aceite de hígado de bacalao repugnante? Con mucho gusto los dejo que me hagan todo lo que les plazca, que se diviertan conmigo de todas las formas que se les ocurran, yo disfruto del continuo placer que mi pequeña existencia les causa. El aceite de hígado de bacalao, por ejemplo, me da náuseas, con mucho esfuerzo consigo no echar la primera papilla aun antes de que mis labios hayan rozado ese líquido detestable, pero precisamente por eso me gusta olvidar el asco que me da y bebérmelo todo de un trago, e incluso agradecerles que se preocupen porque crezca sano y fuerte. E incluso disfrutar de su asombro: ¡Es evidente que no es un niño normal! ¡Este niño es muy especial!

Y así la expresión «niño normal» se ha convertido para mí en algo aún peor que el desprecio: es mejor crecer como un perro callejero, es mejor estar tullido o ser retrasado mental, es mejor incluso ser una chica, con tal de no ser de ninguna manera «un niño normal» como todos y seguir siendo siempre y a cualquier precio «¡muy, muy especial!» o «¡un niño fuera de lo normal!».

Puesto que no tengo hermanos, puesto que desde mi más tierna infancia mis padres han hecho con total entrega el papel de público admirador, no me queda más remedio que subir al escenario, ocuparlo por completo yo solo y cautivar al auditorio. Y así, a los tres o cuatro años, si no antes, ya soy una obra con un único actor. Un monodrama. Un espectáculo sin descanso. Una estrella solitaria obligada constantemente a improvisar a fascinar a emocionar a maravillar y a divertir a su

público. De la mañana a la noche debo ser el centro de atención. Si vamos el sábado por la mañana a visitar a Mala y Stashek Rodnitzky, a la calle Chancellor esquina con Haneviim, por el camino me recuerdan que de ninguna manera, pero de ninguna manera, debo olvidar que el tío Stashek y la tía Mala no tienen hijos y es muy triste para ellos no tener hijos, por tanto debo procurar alegrarlos, y que por nada del mundo se me ocurra preguntarles, por ejemplo, cuándo van a tener un niño. En resumen, que debo comportarme de un modo ejemplar: los tíos tienen desde hace tiempo una buena opinión de mí, una muy buena opinión, por lo que no debo hacer nada, pero nada de nada, que pueda estropear la buena opinión que tienen de mí.

Efectivamente, la tía Mala y el tío Stashek no tienen hijos, pero en compensación tienen dos gatos de angora con mucho pelo, perezosos, gordos, de ojos azules, que se llaman Chopin y Schopenhauer, como el compositor y el filósofo (entonces, mientras subimos la enorme cuesta de la calle Chancellor, se me dan dos breves explicaciones, Chopin por parte de mi madre y Schopenhauer por parte de mi padre. Cada una de esas explicaciones tiene más o menos la extensión de una breve entrada de una enciclopedia). Los dos gatos están casi siempre dormidos, acurrucados uno junto al otro en un rincón del sofá o en un puf, como si en vez de gatos fuesen dos osos polares. Y en una jaula colgada en una esquina, encima del piano negro, los Rodnitzky tienen un viejo pájaro, casi sin plumas, un pájaro algo enfermo y ciego de un ojo. Su pico parece estar siempre medio abierto, como sediento. Mala y Stashek lo llaman a veces Alma y a veces Mirabelle. Para mitigar su soledad, metieron en la jaula otro pájaro, un pájaro que la tía Mala hizo con una piña pintada encima de dos palos y que tiene un pico hecho con un palillo pintado de rojo intenso. Al nuevo pájaro le pegaron unas alas con plumas auténticas: puede que fueran plumas caídas o arrancadas de las alas de Alma-Mirabelle y pintadas de turquesa y púrpura.

El tío Stashek está fumando. Tiene siempre una ceja, la izquierda, levantada, como dudando, como expresando cierto sarcasmo: ¿Es eso cierto? ¿No has exagerado un poco? Y le falta un diente, como a un vándalo apaleado. Mi madre casi no habla. La tía Mala, una mujer rubia con el pelo recogido en dos trenzas, que a veces le caen con gracia sobre los hombros y a veces le rodean la cabeza como una guirnalda, ofrece a mis padres un vaso de té y tarta de manzana. Pela las manzanas en una tira entera que se riza sobre sí misma como el cable del teléfono. Los dos,

Stashek y Mala, soñaban con ser agricultores. Vivieron dos o tres años en un kibutz, y un año o dos más probaron suerte en una colonia agrícola, hasta que comprendieron que la tía Mala era alérgica a casi todas las plantas del campo, mientras que el tío Stashek era alérgico al sol (o, como decimos nosotros, el mismísimo sol era alérgico a él). El tío Stashek trabaja, por tanto, en la oficina central de correos, y la tía Mala ayuda a un renombrado dentista en días alternos durante la semana. Cuando nos ofrece un vaso de té, mi padre, como de costumbre, bromea con ella:

–Ya dijo rabí Huna en el Talmud: haz todo lo que diga el señor de la casa, excepto vete, y yo opino, excepto té. Pero como el ofrecimiento no viene del señor de la casa sino de la señora de la casa, por supuesto no podemos rechazarlo.

Y de la tarta de manzana dice:

–Tu tarta, Mala, no lo dudes, sube hasta las nubes.

Mi madre interviene:

–Arie, basta ya.

Y para mí –a condición de que me coma, como un niño bueno, el enorme pedazo de tarta– la tía Mala tiene una gran sorpresa: limonada casera. Es una gaseosa con pocas burbujas (la botella al parecer ha recibido un castigo divino por haber estado demasiado tiempo con la cabeza descubierta), pero tiene mucho sirope rojo, y es tan dulce como el néctar.

Por tanto, me acabo educadamente la tarta de manzana (bastante buena), con cuidado de masticar con la boca cerrada, de usar sólo el tenedor, no ensuciarme los dedos, no manchar, no hacer migas y no llenarme demasiado la boca, clavando cada pedazo de tarta en los dientes del tenedor y moviéndolo por el aire con mucha precaución, atento a que ningún avión enemigo pueda interceptar la carga en el trayecto desde el plato hasta la boca. Mastico despacio, con la boca cerrada, y trago sin relamerme los labios. Entre tanto añadido a mis medallas de aviador las miradas de asombro de los Rodnitzky y el orgullo de mis padres. Y al final, también consigo el prometido premio: un vaso de limonada casera con pocas burbujas pero dulcísima.

Tal dulce que decididamente, de ninguna manera, por nada del mundo se puede beber. Ni un trago. Ni una gota. Su sabor es más horrible aún que el del café con pimienta de mi madre: nauseabundo, viscoso, como el jarabe para la tos.

Entonces me acerco el cáliz de aflicción a la boca aparentando mojar me los labios, pero a la tía Mala, que dirige la mirada hacia mí –junto a todo el público que espera mis palabras–, me apresuro a asegurarle (en un tono y con unas palabras parecidas a las de mi padre) que sus dos obras, la tarta de manzana y el sirope, son «de verdad extraordinarias».

La tía Mala resplandece de arriba abajo:

–¡Hay más! ¡Hay mucho más! ¡Ahora mismo te sirvo otro vaso! ¡He hecho una botella entera!

Mi padre y mi madre me lanzan una muda mirada de amor. Con los oídos de la mente puedo oír el sonido de sus aplausos, y con la espalda de la mente le hago a mi público una profunda reverencia.

¿Qué se puede hacer ahora? Primero, para ganar tiempo, debo distraerlos. Debo decir algo ingenioso, algo profundo impropio de mi edad, algo que les guste:

–Las cosas buenas que hay en la vida es mejor beberlas a pequeños sorbos.

El uso de las palabras «en la vida» ha sido providencial: la pitonisa de Delfos ha hablado. El oráculo ha hablado. La voz clara y nítida de la propia naturaleza es la que ha salido de mi boca: hay que beberse la vida despacio. A sorbos lentos y meditados.

Y así, con ayuda de una frase ditirámbica, he conseguido distraerlos. He logrado que no se percaten de que aún no me he bebido su cola de ebanista. Entre tanto, mientras todos son presa del entusiasmo, el cáliz de terror está en el suelo a mi lado, porque hay que beberse la vida a pequeños sorbos.

Yo permanezco sumido en mis pensamientos, con los codos en las rodillas y las manos bajo el mentón: soy una perfecta reproducción en miniatura de *El pensador*, esa estatua cuya fotografía me enseñaron una vez en un álbum o en una

enciclopedia. Al cabo de un rato, dejan de prestarme atención, bien porque no es correcto fijar en mí la vista mientras mi mente vaga por mundos superiores, bien porque otros invitados se han unido a ellos y la conversación se ha animado y gira en torno a los inmigrantes ilegales, la represión y el Alto Comisionado.

Entonces, aprovecho rápidamente la oportunidad y, sin que me vean y con la poción en la mano, me escabullo hacia el recibidor y acerco el vaso a la boca de uno de los gemelos de angora, el músico o el filósofo. Ese oso polar cebado olfatea, retrocede un poco, guiña los ojos como ofendido, realmente está horrorizado, agita un poco la punta de sus bigotes, no, gracias, de ninguna manera, y así se retira hastiado hacia la puerta de la cocina. Mientras que su hermano, un ser igual de gordo, no se molesta ni en abrir los ojos mientras le ofrezco la bebida, sólo encoge la nariz, como diciéndome qué pesadez, y mueve una oreja rosada. Como para ahuyentar una mosca.

Podría echar ese veneno mortal, por ejemplo, en el recipiente del agua de la jaula de Alma-Mirabelle, el pájaro ciego y desplumado, y de su pareja, la piña alada. Sopeso los pros y los contras: la piña podría denunciarme, mientras que la maceta del filodendro no abrirá la boca ni me entregará aunque la interroguen bajo tortura. Mi elección recae por tanto en la maceta y no en la pareja de pájaros (que, como la tía Mala y el tío Stashek, tampoco tienen hijos, y tampoco se les puede preguntar bajo ningún concepto cuándo pondrán un huevo).

Al cabo de un rato, la tía Mala ve mi vaso vacío: es evidente que la he hecho muy, pero que muy feliz al disfrutar de su bebida. Sonrío y digo, como los mayores, y con la delicadeza que los mayores imprimen a esas palabras, «gracias, tía Mala, gracias, estaba exquisito». Y sin preguntar ni esperar confirmación, se apresura a llenarme el vaso y me recuerda que recuerde que aún hay más, que ha preparado una botella entera. Puede que su limonada no sea muy espumosa, ¿pero verdad que es dulce como el chocolate? ¿A que sí?

Yo lo confirmo, vuelvo a dar las gracias y de nuevo espero el momento oportuno, y de nuevo me escabullo sin que nadie lo note, como un luchador de la resistencia de camino a las instalaciones de radares fortificadas del gobierno británico, y les enveneno también el cactus que está en la otra maceta.

Pero, en ese instante, me asalta una fuerte tentación, como un estornudo difícil de reprimir, como una carcajada que se te escapa en clase, una especie de

deseo repentino de confesar: levantarme y decir en voz alta que su limonada es tan apesosa que hasta a sus gatos y a sus pájaros les repugna, y que la he tirado toda en sus dos macetas, y que ahora las plantas se están muriendo.

Y ser castigado y aceptar el castigo como un héroe. Sin remordimientos.

Por supuesto no lo voy a hacer: mi deseo de fascinarlos es mucho más fuerte que las ganas de perturbarlos. Soy un sabio, no Gengis Kan.

De vuelta a casa mi madre me miró a los ojos y, con una sonrisa cómplice, dijo:

–No creas que no lo he visto. Lo he visto todo.

Y yo, puro e inocente, pero con el corazón culpable saltando en el pecho como un conejo asustado:

–¿Lo has visto todo? ¿Qué has visto?

–He visto que te has aburrido muchísimo. Pero has conseguido sobreponerte, y eso me ha hecho muy feliz.

Mi padre dijo:

–Hoy el niño se ha comportado realmente de forma ejemplar, pero ha sido generosamente recompensado, le han dado tarta y dos vasos de limonada de la que nosotros nunca le compramos a pesar de que siempre nos la pide, pues quién sabe si los vasos del kiosco están limpios de verdad o sólo aparentemente limpios.

Y mi madre:

–No estoy muy segura de que de verdad esa bebida te haya gustado tanto, pero me he dado cuenta de que, para no ofender a la tía Mala, te la has bebido toda, y nosotros estamos orgullosos de ti.

–Tu madre –dijo mi padre– sondea la mente y el corazón. Es decir que sabe al instante no sólo lo que has dicho y lo que has hecho, sino también lo que crees que

no sabe nadie. Pero no siempre es tan fácil vivir día y noche al lado de una persona que sondea la mente y el corazón.

–Y cuando la tía Mala te ha servido otro vaso de limonada –continuó mi madre–, me he dado cuenta de que se lo has agradecido y te lo has vuelto a beber todo para hacerla feliz. Quiero que sepas que no son muchos los niños de tu edad, y en general las personas, capaces de semejante delicadeza.

En ese mismo instante estuve a punto de confesar que eran las macetas de la familia Rodnitzky, y no yo, las capaces de semejante delicadeza, y que habían sido ellas las que se habían bebido todo ese lubricante.

¿Pero cómo iba a quitarme y a arrojar a los pies de mi madre todas las condecoraciones que me acababa de poner en el pecho? ¿Cómo iba a herir a mis padres en su ingenuidad? Hacía tan sólo un momento había aprendido de mi madre que si hay que elegir entre mentir y ofender, es conveniente elegir no la verdad sino la delicadeza. Entre hacer feliz a alguien y decir la verdad, entre no hacer daño y no mentir, siempre es preferible la generosidad a la justicia y la sinceridad. Al actuar así te elevas por encima del populacho sudoroso y polvoriento y consigues el más alto honor: ser un niño muy especial. Un niño fuera de lo normal.

Mi padre, como de costumbre, terminó aclarándonos todo con una de sus sosegadas disertaciones etimológicas:

–La palabra *josek*, carente, en la expresión «carente de hijos» tiene relación con la palabra *joshek*, oscuridad, mientras que el antiguo significado era ausencia, ausencia de hijos o ausencia de luz. Además, *josek* también significa escatimar: «Quien escatima la vara, odia a su hijo», está escrito en Proverbios, y yo estoy completamente de acuerdo con ese versículo. Y por cierto, la palabra *joshek*, oscuridad, en arameo es *jashuka*, y en árabe *ashak*, pero con metátesis existe también en árabe la raíz *shajak*, por lo que tal vez se pueda pensar en una posible relación, una relación muy interesante, entre *jashak*, oscurecer, y *shakaj*, olvidar, entre *jashekah*, tinieblas, y *shikjah*, olvido. En cuanto a tu gaseosa, es una palabra que nos ha llegado directamente del francés. Mientras que *itztrubal*, piña, es una derivación del *estrombos* griego, que significa peonza. Y *estrombos* viene de *estrofao*, que en griego significa girar en círculo, rodar, y de ese *estrofao* viene también *estrofa*, ciclo, y también *catástrofe*, que significa transformación, cambio, vuelco, «le ha cambiado

la suerte». Anteayer vi un tanque que volcó al subir a Har Hatzofim, los heridos rodaban cuesta abajo, es decir: *estrofa* y catástrofe. En cuanto lleguemos a casa, Su Excelencia, por tanto, se dignará a recoger todos los juguetes que al irnos quedaron volcados sobre la alfombra y a poner cada cosa en su sitio.